

Sacerdotes operarios diocesanos

Roma. **Pedro Corral**

La hermandad de sacerdotes operarios diocesanos, encabezada de la formación de seminaristas, perdió a treinta de sus miembros durante la Guerra Civil española, asesinados por los milicianos.

Nueve de ellos serán los que beatifique el Papa el próximo domingo: Pedro Ruiz de los Paños, José Sala Pico, Guillermo Plaza Hernández, Recaredo Centelles Abad, Martín Martínez Pascual, Antonio Perulles Estivil, José Pascual Carda Saporta, Isidoro Bover Oliver y José María Pens Polo.

Todos ellos fueron martirizados en el año 1936, cada uno por separado, ya que se encontraban en distintos lugares, muchos de ellos en sus respectivas localidades natales, tras el decreto republicano que obligó a la disolución de las órdenes religiosas. El postulador de esta causa ha sido el operario diocesano Juan Sánchez y Sánchez, del Colegio Español de San José, de Roma.

Pedro Ruiz de los Paños que encabezaba esta causa, era director general de la hermandad desde el año 1933. Encontró la muerte el 22 de julio de 1936, en Toledo, junto con su compañero José Sala Pico y otro sacerdote, Álvaro Cepedal. Los tres fueron identificados por los milicianos en una casa de la ciudad. Conducidos de noche por las calles toledanas, fueron asesinados en la sinagoga de Tránsito.

La misma suerte corrieron los otros siete compañeros. En ningún caso les faltó una palabra de perdón para sus asesinos.

Así ocurrió con Guillermo Plaza Hernández, de 28 años, fusilado en Cobisa (Toledo), quien pidió besar las manos a los milicianos que iban a dispararle. Otro ejemplo conmovedor es el de Recaredo Centelles Abad, ejecutado en Vall de Uxo (Tarragona), que cuando estaba moribundo pidió que le incorporasen para dar la bendición a sus asesinos.

José Pascual Carda Saporta, fusilado en Cropesa (Toledo) le regaló su reloj a uno de los milicianos del pelotón de ejecución, agradeciéndole el beneplácito que le concedía con el martirio. Antonio Perulles, muerto en Marsa (Tarragona), se dirigió a sus asesinos con la misma serenidad: «disparad cuando queráis, y que Dios os perdone».

Acaba de uno de estos mártires, Pedro Ruiz de los Paños, ha escrito el arzobispo de Valladolid, monseñor Delgado Bañada, en la carta pastoral publicada con motivo de estas beatificaciones.

«La vida de don Pedro —afirma el prelado valediano— giró en torno a la formación de los sacerdotes, de manera que vivió un sacerdocio existencial a semejanza del de Jesús, que fue sacerdote y víctima a un tiempo; vivió completamente entregado a esta causa y lo mataron por ser sacerdote. Patente testimonio de suma coherencia e importancia para nuestro tiempo».

El Papa beatifica mañana

Mañana domingo Juan Pablo II beatificará a cuarenta y cinco españoles que murieron por su fe durante los años de la Guerra Civil perdonando a quienes les causaban la muerte. Los nuevos beatos son: Anselmo Polanco, obispo de Teruel, y su vicario gene-

El embajador de España ante la Santa Sede, Pedro López Aguirre-bengoa prelide la delegación civil que asiste en Roma a la beatificación de los mártires españoles.

Junto al embajador formarán la delegación civil el presidente de la Diputación General de Aragón,

San tiago Lanzuela Lanzueta Marín; el presidente de la Junta de Castilla-La Mancha, José Bono; el consejero de Administraciónes Públicas

valenciana, José Joaquín Ripoll Serrano; el alcalde de Teruel, Luis Fernández Uribe; y el director general de Asuntos Religiosos del Ministerio de Justicia e Interior, Víctor Uru-tia.

Encabeza la lista de estos nuevos beatos de la Iglesia el obispo de Teruel, Anselmo Polanco y su vicario, Felipe Ripoll.

Polanco nació el 16 de abril de 1861, en Buenavista de Valdeola, localidad que por entonces pertenecía a León y que ahora pertenece a Palencia. Recibió el nombre de Anselmo como se llamaba el sacerdote que le bautizó. Fue un niño estudioso e inteligente. A los quince años pidió entrar en la orden de San Agustín, donde profesó el 3 de agosto de 1900 y ordenado presbítero el 17 de di-

ciembre de 1904. Cantó su primera misa el día de Navidad de ese año. Su orden le destinó a Alemania, luego a Valladolid, después a Madrid. Se doctora en Teología. Más tarde es trasladado a Manila y elegido Provincial de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas. Como provincial viajó por toda América, China, Japón, Alemania, Francia e Italia. Visitó todas las casas de su provincia religiosas.

El 21 de junio de 1935 fue elegido por Pío XI obispo de Teruel con la administración apostólica aneja de Albaracín. «No son estos los mejores tiempos para ser obispo» dicen que exclamó su madre al conocer la noticia y añadió: «pero si le matan, también los mártires dieron su sangre por Cristo». Su madre no conocía su muerte, falleció el día de la Asunción de 1937.

En la catedral de Teruel dijo pramontionamente el día de su entrada: «He venido a dar la vida por mis ovejas».

Felipe Ripoll nació en Teruel el 14 de septiembre de 1878 y se ordenó sacerdote el 23 de marzo de 1901. Se licenció en Teología. Fue profesor, vicerrector y finalmente rector del Seminario de Teruel. Fue gran admirador de la filosofía ignaciana y con los jesuitas pasó grandes temporadas.

De él dicen los que le conocieron que era tan grande su pobreza como su caridad, pues como un nuevo San Martín era de los que daban hasta la camisa

a cuarenta y cinco españoles

ral, Felipe Ripoll. Pedro Ruiz de los Paños, que fue administrador del Seminario de Sevilla, y ocho compañeros de los Operarios Diocesanos. Trece escolapios. Los marianistas Jesús Hita, Carlos Eraña y Fidel Fuido. Angeles Lloret y 16 compañeros de la Congregación de la Doctrina Cristiana, y Vicente Vilar David, seglar.

como literalmente hizo, en una de las más hias marianas turolenses, con un pobre desarrapado. Su generosidad fue la que le llevó al martirio al ofrecerse voluntario para acompañar a Polanco cuando lo detuvieron.

Al llegar como obispo a la diócesis, Polanco le nombró su vicario general.

Comienza la Guerra Civil y ya antes de que el frente llegara a la capital la mayor parte de la diócesis había sido sometida a una cruenta persecución. En Burgos en noviembre del 37 el delegado apostólico de Pío XI, monseñor Antonutti le había insistido en que no volviera a Teruel. «No puedo escuchar sus ruegos: mi puesto está en Teruel al lado de mis ovejas», dicen que le respondió.

Y llegó el asedio. Toda la población civil se había refugiado en la Comandancia, el Seminario y las iglesias de Santa Clara y Santa Cristina, en total unas dos mil personas entre ellas muchos heridos. Tanto el obispo como su vicario se desvivieron por sus feligreses sitiados, a los que dieron ánimo y fortaleza en todo momento. Cuando el riesgo que se corría era extremo Polanco fue conmovido a abandonar la ciudad, pero él se negó a dejar a sus fieles. «Póngase a salvo, le sacaremos de noche rompiendo el cerco» «O me salve con los míos o muero con los míos», contestó.

El 8 de enero de 1938 durante la evacuación pactada con Cruz Roja de la población civil, un

mando lo separó del grupo: «A ver un sacerdote que acompañe al obispo». Ripoll se prestó voluntario. Comenzaba la prisión. Ambos compartieron un año de cautiverio en San Miguel de Los Reyes, en Valencia, incomunicados. Luego tres cárceles distintas en Barcelona y en la última semana de su vida les trasladan a Pont de Molins, en Girona. El 7 de febrero de 1939, 53 años de terminarse

la guerra, una brigada de milicianos se hizo cargo de ellos y fueron fusilados en «Can Tretze», cerca de Pont de Molins, junto con otros cuarenta presos entre ellos el coronel Rey d'Harcourt defensor de Teruel durante el asedio. A todos bendijo el obispo antes de morir y dió la absolución. Los cadáveres de todos ellos fueron rodados con gasolina y quemados para hacerlos desaparecer, pero el fuego dejó intactos los cuerpos del obispo y su vicario que ahora descansan en la catedral de Teruel.

En esta ciudad se espera con gran emoción la canonización de su obispo. En la diócesis turolense y en la Orden de San Agustín se disponen de modo especial a vivir este acontecimiento de gracia.

Tres religiosos marianistas

Madrid. **M. G. V.**

Tres religiosos de la Sociedad de María, Marianistas, serán beatificados mañana por Juan Pablo II, junto con los demás mártires de la guerra civil española.

Jesús Hita Miranola nació en Calahorra el 17 de abril de 1900 en el seno de una familia de humildes labradores. A los once años ingresó en el Seminario de su ciudad natal continuando la tradición religiosa comenzada por su tío Santiago Hita, sacerdote y catedrático de Instituto en Vitoria y posteriormente con-

distintas fondas de la ciudad. En la mañana del 25 de septiembre un grupo de milicianos se lleva a los religiosos de la pensión. Fueron fusilados contra las tapias del cementerio de Carrón de Calatrava y sus cuerpos arrojado a una zanja.

Veinte días más tarde que Jesús Hita fue fusilado en el mismo lugar Fidel Fuido Rodríguez y sus restos arrojados al mismo pozo.

El estaba alojado en otra fonda en la que también irrumpieron los milicianos el 7 de agosto. Al verle un crucifijo en el pecho le llevan a una cárcel desván del Gobierno Civil donde permaneció dos meses. El 15 de octubre, en un juicio popular es declarado inocente. Pero los milicianos que no estaban de acuerdo con las posturas moderadas del Gobernador asaltan al día siguiente el Gobierno y se llevan a los presos. Fidel era hijo también de campesinos, había nacido el 24 de abril de 1850 en Técora Alava.

Carlos Eraña Gurocota nació el 6 de noviembre de 1884 en Aozaraza, Guipúzcoa. En 1899 solicitó el ingreso en la Sociedad de María. En septiembre de 1902 se trasladó al noviciado, en Vitoria, y un año más tarde profesó. Estudió Magisterio y dio clases en Orizaba, hasta que en 1908 fue destinado a Madrid, en 1916 a Ciudad Real, en 1927 a Tetuán y en 1933 de nuevo a Madrid. Fue hecho prisionero el 24 de julio de 1936, posteriormente liberado, detenido de nuevo en Alcazár, otra vez liberado y vuelto a detener en la Fondra Gómez de Ciudad Real. Fue fusilado la noche del 17 de septiembre.

Señora del Pilar de Escoriaza en Guipúzcoa. Tenía un ligero taramuzo que venía con gran facilidad. En 1921 terminó su formación. En 1928 hace los votos perpetuos.

Licenciada en Historia por la Universidad de Zaragoza. Sus superiores le admiran la profesión definitiva en la Compañía de María pero no en el sacerdocio. Fue profesora en la comunidad de Suances en Santander, luego en la de Escoriaza, Vitoria, Ciudad Real, Jerez y Madrid donde impartió clases de Historia, Latín y Biología.

La Guerra Civil le cogió en Ciudad Real en el Colegio de Nuestra Señora del Prado. El Gobierno confisca el Colegio y los religiosos dispersados en

Los Escolapios, de los más castigados por la persecución religiosa

Roma. **P. C.**
La orden de las Escuelas Pías, fundada por San José de Calasanz, tiene en su haber un fecondo martirio. Fue una de las más castigadas por la persecución religiosa que se desató en la Guerra Civil, sumando trescientos los miembros de la orden asesinados. Trece de ellos serán beatificados este domingo por Juan Pablo II: Dionisio Pamplona, Manuel Segura, Faustino Oteiza, Florentino Felipe, David Carlos, Enrique Ganadell, Matías Cardona, Francisco Carceller, Ignacio Casanoves, Carlos Navarro, José Ferrer, Juan Agramunt y Alfredo Parle.

El 23 de julio de 1936, cinco días después de estallar la guerra, la comunidad de escolapios de Peratta de la Sal (Zaragoza), localidad natal del fundador, fue detenida por los milicianos y trasladada a una casa vecina habitada como prisión. De allí escapa al día siguiente Dionisio Pamplona, rector de la comunidad, pero no para huir del peligro, sino para prote-

ger de la profanación las especies eucarísticas de la parroquia del pueblo. Pero su fuga es pronto advertida. Los milicianos rodean la iglesia y Dionisio Pamplona no tiene otra salida que entregarse. En la noche del día 25 fue trasladado a Monzón, en cuya plaza mayor fue ejecutado.

Otros dos miembros de la comunidad de Peratta, Manuel Segura y David Carlos, serían martirizados tres días después. Tras ser fusilados y estando aún con vida, fueron rodados con gasolina y quemados.

El 9 de agosto serían asesinados otros dos compañeros más, Faustino Oteiza y Florentino Felipe. El navarro, de 46 años, Faustino Oteiza tenía tal fama de santo que cuentan que sus alumnos le espababan por el ojo de la cerradura para ver si tenía apariciones.

Profesor durante 23 años, cuando se enfrentó al pelotón de ejecución identificado a un antiguo alumno, Arturo Tomás. «¿Vas a matar a tu maestro?», le dijo. El joven, impresionado,

tiró el fusil que tomó otro de los milicianos.

El resto de los padres escolapios incluidos en esta causa, que ha tenido como postulador al padre Giuseppe Ruppert, fueron apresados en casa de sus familiares y ejecutados al instante. Todos ellos se opusieron a renegar de su condición de sacerdotes y aceptaron las vejaciones y el posterior martirio con resignación y fe. El padre José Ferrer al ser detenido les dijo: «No me da miedo la muerte aunque me impresione el raitto del coche» («el pasaje» o traslado en automóvil hasta el lugar de las ejecuciones). El Padre Francisco Carceller, de Forcal (Tortosa) escribía a su familia poco antes de morir: «Si me matan al menos me van a quitar el reuma». Fue tan impresionante el testimonio de fe ante la muerte de algunas víctimas que en casos como el de Enrique Ganadell, dos de sus verdugos empudecidos y el tercero, un miliciano llamado Ferrín, exclamó: «Disparemos rápido pues éste es capaz de convertirnos».

Las hermanas de la doctrina cristiana y el primer empresario beato

Roma. **P. C.**

Angeles Lloret Martí y sus dieciséis compañeras del Instituto de Hermanas de la Doctrina Cristiana, Congregación fundada por Micaela Grau, fueron asesinadas en Valencia en 1936. Habían dedicado sus vidas a la enseñanza de los niños, de los obreros y campesinos analfabetos.

Dos de ellas, Teresa Rosat Balasch y Josefa Romero Clariana, fueron asesinadas el 26 de septiembre en los alrededores de Claret (Valencia), después de haber sido conducidas allí desde el piso que su Instituto poseía en la calle Maestro Chapi, de Valencia, donde habían sido reclutadas por los milicianos. Allí eran empleadas por sus captores en tricotar jerséis para los milicianos del frente.

Los nombres de estas quince mártires, algunas de ellas de más de ochenta años de edad, son: Angeles Lloret Martí, Antonia Orts Baldo, María Dolores Lirrona Planas, Ascensión Duart Roig, Isabel Ferrer Sabría, Paula de

San Antonio, Josefa Mogocho Homs, Emilia Martí Lacal, Purificación Gómez Vivas, Teresa Jiménez Baldoví, Gertrudis Rita Suris Brusola, Josefa Pascual Pallardo, Catalina Calpe Ibáñez, María Isabel López García y Aures Navarro.

Por lo que respecta al seglar Vicente Vilar David, era un ingeniero industrial de Manises (Valencia), entregado a su trabajo, a su familia y a la parroquia de su localidad. Antico de la Escuela de Cerámica de Manises, propietario de una gran fábrica de lozas, creó también en su parroquia el patronato de Acción Social. Fue asesinado por los milicianos el 14 de febrero de 1937, en Manises, tras ser invitado a renegar de su fe y oponerse.

El arzobispo de Valencia monseñor García Gasco ha dedicado una pastoral a la beatificación de este siervo de Dios en la que dice:

«Vicente Vilar David fue testigo de Cristo en un período de caos político y social de la historia reciente de España. El jublo que nuestra Iglesia siente se funda en el testimonio de un trabajo fecondo en favor de la Iglesia, de la sociedad y de la persona. Los mártires de este período de la historia de España son semillas de paz. Todos nos han dejado un legado, de perdón y reconciliación».

ESTUDIOS DE AXIOLOGÍA

Reyes Magos, 18. 28009 MADRID

CURSO COMPLETO SOBRE

VALORES HUMANOS

36 plazas

Preferencia asistentes

Curso Auditorium BBV

60% descuento a universitarios.

Información Tlf.: 852 33 39